

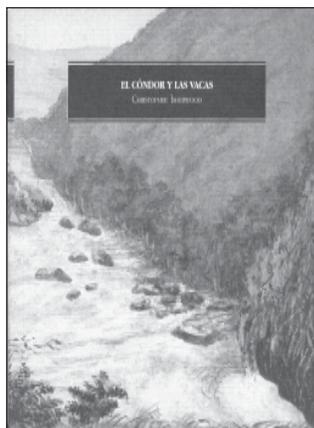
El cóndor y las vacas, de Christopher Isherwood

Notas del diario de un norteamericano en Bogotá hacia 1947

Arturo Cifuentes Toro

Docente

Departamento de Humanidades y Letras
Universidad Central



En su viaje por Suramérica, hacia 1947, anotaba el escritor norteamericano Christopher Isherwood sus apreciaciones en torno a Bogotá, la ciudad enclavada en los Andes. Describía como la carrera Séptima, sobre la cual estaba localizado el hotel Astor, donde se alojaba, era una de las principales calles comerciales: «Hay luces de neón, avisos americanos con letreros en español, cines con películas de Hollywood (están dando *El buevo y yo*), bares decorados al estilo neoyorquino, y almacenes grandes llenos de chuchearías, modas y drogas *made in USA*».¹ Además, anotaba el ensordecedor ruido de los carros con sus pitos, especialmente el producido por los taxis, que desde la época eran dominantes, como lo son en la actualidad.

Pero el hotel, como muchos otros espacios, era un centro para tomar el té por parte de las damas de la alta sociedad «La mayor parte en elegante negro, con pieles y joyas, forman grandes grupos de animada charla, comen abundante y luego se retiran a jugar *bridge*».²

Observaba además cómo el centro de la ciudad estaba «lleno de carácter y de contrastes. En la multitud que camina, los trajes de negocios se mezclan con las cobijas-capas de lana. Al doblar la esquina de las droguerías americanas se ven mujeres indias sentadas en la acera frente a sus mercaderías. Si Nueva York parece muy próxima, también lo parecen las aldeas de montaña».³

¹ Christopher ISHERWOOD. *El cóndor y las vacas*. Bogotá: Banco de La República, 1994, p. 72.

² ISHERWOOD, p. 71.

³ ISHERWOOD, p. 74.

Un aspecto importante que anota el escritor para el año 47 es el referente al cambio de «fachada» de la ciudad «porque Bogotá está demoliéndose y reconstruyéndose frenéticamente en preparación de la Conferencia Panamericana a principios del año entrante».⁴

Como otros escritores anteriores a él, entre ellos Alcides Arguedas, 17 años atrás, destaca la actividad de los ciudadanos que siempre estaban prestos a charlar, por lo general sobre política: «Bogotá es una ciudad de conversaciones. Al caminar, hay que bordear constantemente parejas o pequeños grupos, concentrados en animadas charlas. Algunos, incluso se paran en mitad de la calle, deteniendo el tráfico. Suponemos que discuten sobre todo de política». Charlas que la mayoría de veces se centraban en los tradicionales tertuliaderos, que hoy curiosamente reviven en el centro de la ciudad, los cafés, los cuales por lo general «viven también repletos; y todo el mundo tiene un periódico, para citarlo o simplemente blandirlo en el aire».⁵

Suspiciousamente compara el papel de los extranjeros en la ciudad. A los británicos los ve, escribe, «esencialmente, como maestros de escuela. Es decir, tienen una vocación, una misión: enseñar. ¿Enseñar que? [...] El funcionario norteamericano es un comerciante en todo sentido. Representa a su gobierno tal como representaría a su empresa privada [...] Está totalmente dispuesto a negociar. Tiene artículos para la venta —los mejores del mundo—».⁶

Anota además un lugar donde la gente elegante acudía a degustar un helado, el Monte Blanco, al que acudían los jóvenes dos veces al día. El escritor, por otra parte, alude a la general cantidad de librerías que existían en la ciudad; parece ser que para la época la cultura urbana era notable, los libros variaban de temas, entre actuales y clásicos. Para el período, Bogotá gozaba de su propio ambiente literario y de cultura sobre textos. La tertulia era uno de los factores predominantes en la ciudad, a los cafés asistían los periodistas, extranjeros, docentes, escritores y poetas de la generación de *Piedra y Cielo*, con Camacho Rojas, Carranza y otros. Se debatía en general y los libros estaban a la mano, de acuerdo con las tendencias europeas y americanas. Uno de sus gestores, de acuerdo con el autor, fue sin duda el profesor Howard Rochester, jamaiquino bastante culto, quien conocía a todos los escritores, como a Zalamea y León de Greiff.

Para el año en cuestión, la prensa seguía dominando la actividad política por excelencia y mucha gente culta podía participar en las tertulias de prensa y hablar con los editores. En Bogotá, anota el

⁴ ISHERWOOD. p. 74.

⁵ ISHERWOOD. p. 74.

⁶ ISHERWOOD. p. 76.

escritor norteamericano, los escritores estaban actualizados y más aún conocían un tanto más que los extranjeros de las obras de sus respectivos países; se sonrojaba el extranjero que hablara de libros y no fuera escritor.

Resalta, por otra parte, el autor, un lugar común y corriente para ser conocido por los turistas nacionales y extranjeros: el Salto del Tequendama, que «es el sitio preferido por los suicidas quizás porque haya algo hipnótico en el lecho de plumas de espuma que surge entre las rocas. Para evitar los suicidios, siempre hay un policía que guardia con un perro. Se sienta solitario en un refugio con techo de palma, y con un par de esposas colgando del cinturón». ⁷ Los paseantes le preguntaron si él detectaba entre la gente quién se iba a suicidar, a lo que respondió que casi siempre y si él no acertaba lo hacía el perro. El suicida, por lo general, cuando forcejeaba con el agente trataba de irse con él.

Christopher Isherwood describe también por otra parte una distracción corriente en la ciudad: la corrida de toros. En especial, centró su atención sobre el atuendo del torero y el tocador del matador, que era un altar a la virgen.

En torno al político y líder Jorge Eliécer Gaitán, el escritor se inquietó y generó una impresión que si bien considera parcial, no deja de ser importante, por cuanto escribía: «Pienso que estas opiniones, en general, representan apropiadamente actitud de grupo, no sólo prejuicios individuales. Todos mis informantes eran, como dicen, personas ‘responsables’». Ninguno, sin embargo, era miembro del partido de Gaitán. Al preguntar a uno de los miembros de ese grupo de «responsables» que por lo visto no correspondían a ciudadanos del pueblo, sino a la élite bogotana, se pueden efectuar algunas conjeturas en torno a la visión de dicho estrato social sobre el líder.

«¿Qué piensa usted sobre Gaitán? He oído decir que es comunista. ¿Es verdad?»

A lo que respondió su interlocutor, probablemente con pensamiento de grupo y estrato: «Ciertamente no. Gaitán no tiene una línea política clara. Es un oportunista. Sus modelos son Mussolini y Perón. Quiere fundar un Partido de los trabajadores como el de Perón. Probablemente será elegido presidente, pero jamás podrá abolir los demás partidos políticos. Los colombianos no tolerarán eso. Colombia es esencialmente democrática». ⁸ Pero la visión de ese «grupo de responsables» igualmente se notaba en otras ciudades. En Barranquilla el escritor se inquieta igualmente sobre el líder que se encontraba en una mesa cercana, en el hotel del Prado. Uno de los conocidos del escritor consideraba, al ser indagado sobre Gaitán,

⁷ ISHERWOOD, p. 84.

⁸ ISHERWOOD, p. 88.

que era «un demagogo peligroso por haber dividido el partido liberal y haber convertido su fracción en un movimiento popular».

Por otra parte, cabe anotar la descripción de Isherwood sobre el semblante de Gaitán, descripción dada, por supuesto, por personas ajenas a la contienda política y con mirada de ajenos al pueblo: «Es fornido, más bien de baja estatura, astutamente atento, amable, muy frío. Capaz, si lo exige la atención, de gritos de batalla y apasionados gestos. Tan impasible, cuando está tranquilo, como un cocodrilo. No es hombre del que se pueda uno hacer amigo, pero sí alguien en quien se puede confiar para liberarse de cualquier emergencia desagradable, un cargo por violación, por ejemplo».⁹

⁹ ISHERWOOD, p. 41.